

De Libro en Libro



ENSAYO

Una Religión Llamada Europa Central

Héctor Orestes Aguilar, *Un disparo en la niebla. Recorridos y lecturas desde la otra Europa*. Cal y Arena, colección Los libros de la Condesa, México, 1997, (140 pp.)

La "otra Europa" a la que alude el libro de Héctor Orestes Aguilar es la zona europea que dominó el imperio austro-húngaro, e igualmente la zona de Europa central que perteneció al sistema comunista (la expresión aparece en el libro del escritor croata Predrag Matvejevic *Epistolario de la otra Europa*). En la primera parte del libro, "Recorridos", la visita que hace a Viena, Berlín, Praga, Bratislava, Salzburgo, Budapest, Lubiana, Trieste y Pola le permite al "flaneador" Orestes Aguilar pintar el nuevo rostro de esta otra Europa con colores que van del oscuro expresionista a las tonalidades luminosas (el "flaneo", nos explica Orestes Aguilar citando a Franz Hessel, "el cartógrafo esencial de Berlín", "es una forma de lectura de las calles en la que los rostros, los escaparates, las ventanas, las terrazas de los cafés, las aceras, los autos, los árboles deben ser deletreados en voz alta hasta formar palabras, líneas y páginas de un libro que siempre está por completarse"). Los entrecruzamientos culturales que definieron buena parte de las ciudades del imperio austro-húngaro fueron una influencia determinante para que se desarrollara el movimiento expresionista, corriente premonitoria si las hay, porque los artistas de tales latitudes fueron los primeros en darse cuenta que el orden de cosas que vivían no podía durar (pienso en particular en el cuadro de Oscar Kokoschka "La tempestad", de 1913,

donde la violencia que rodea a la pareja no deja de ser un anuncio de lo que sucederá un año después). Dicho sentimiento de algún modo sigue vivo en la Viena actual, como se percibe en la descripción que hace el autor del edificio donde se proyecta la película *La noche de Weininger*, el filósofo austriaco autor del volumen *Sexo y Carácter* y quien es uno de los emblemas trágicos de la decadencia del imperio: "Este es el tercer traspatio de un edificio de departamentos. Para llegar a la sala de proyecciones del Sputnik Sudstern, cine vagamente alternativo, hay que subir una estrecha escalera flanqueada por pintas de punks, waves, skins y neonazis, incluso una en español, célebre, que reza "Viva la muerte". (...) La película de hoy nada y mucho tiene que ver con la concentrada oscuridad que aquí se anida, pero sería impensable verla en otro teatro". Pero es en Berlín donde el cronista siente aún más la presencia del terror que precedió al desencadenamiento de la Segunda Guerra, pues en la ciudad hay "señales vivas (pintadas en los traspacios, en los callejones, en las cavidades de Berlín) de un lenguaje muy parecido al que desató la movilización total.

El ambiente y el color se clarifican y aligeran cuando nuestro "flaneur" visita Salzburgo y Trieste; en esta última el título de una obra del poeta Umberto Saba —*Trieste e una donna (Trieste y una mujer)* que le permite a Orestes Aguilar hacer un juego de palabras— "percute risueño en la memoria del viajero mientras consume, con la respiración del tiempo pendular impuesto por la ciudad, una rosquilla y un capuccino en el Café San Marco, monumento literario y refugio inmejorable para la distracción del poeta, las discusiones en monólogo interior del ensayista y los delirios de quien escribe crónicas itinerantes". Orestes Aguilar detiene su mirada con cierta minucia en los cambios sufridos por ciudades como Praga y Budapest tras la caída del régimen comunista; observa cómo Praga ha pasado de ser una ciudad "mágica" a ser una de "plástico", donde los turistas prefieren gastar su dinero en un McDonald's que en un local típico; por su parte Budapest ha asumido el cambio "con belicosidad y desconfianza". Para Orestes Aguilar, Hungría es "uno de los más fascinantes y apasionantes cruceros de culturas en Europa".

La visita que Orestes Aguilar realizó al castillo de Miramar, lugar de residencia de Maximiliano y Carlota y sitio en el que les fue ofrecido el trono de México, consignada hacia el fin de los "Recorridos", le sirve de puente al autor para introducirnos en la segunda parte del libro "Los registros secretos de *El libro secreto de Maximiliano*". Su construcción sigue el recurso borgesiano del libro apócrifo y los retratos, "que cabe suponer deben su autoría al propio Maximiliano" como subraya al transcriptor, son de personas que pertenecieron a su corte en nuestro país. En estas "transcripciones", el estilo orestiano alcanza una gran madurez como se puede ver en la semblanza del oficial de la Legión

Extranjera, el prusiano Stephan Alexander: "Su apariencia no inspira respeto, sino horror. Todos los demás oficiales del Cuerpo Expedicionario Francés en México no superan, juntos, su barbarie. Estoy cierto de que por la circunstancia secreta de la misión que le ha sido encomendada, Alexander guiará a nuestros contraguerrilleros hasta los dominios de los Daquin, Escobar y Algazanas en Veracruz, y los someterá sin que los insubordinados se hayan dado cuenta hasta que sientan la agonía en la sangre. El no es un legionario. Es la guerra".

En las últimas secciones —"Lecturas" y "Ensayos breves"— reaparece el contraste de las tonalidades. Las figuras de Otto Weininger, cuyo "disparo en la niebla" es el germen del libro que reseñamos, de Hermine von Hug-Hellmuth, quien termina siendo asesinado por su sobrino que era su conejillo de indias en sus estudios de psicología infantil, del fetichista Bruno Schulz, maestro del relato que hace que sus personajes nos inviten a "compartir con ellos el secreto aterrador de su sueño", de Odo von Horváth, "flaneur indomable" quien será víctima de una rama cuando paseaba por los Campos Elíseos, representan el lado trágico del "imperio perdido".

El tono ligero aparece con Gregor von Rezzori, actor, diseñador, coleccionista de zapatos y, sobre todo, bon vivant. Von Rezzori da cuenta de las vicisitudes de la troupe internacional que vino a filmar a México la película *Viva María*; su libro *¡Los muertos a sus lugares!* es "una pieza irremplazable —escribe Orestes Aguilar— para reconstruir un tiempo y un mundo y un sentido del humor que por desgracia nos han ido abandonado".

Por su parte las memorias de Hilde Spiel, *Regreso a Viena*, nos llevan a los espacios escondidos de la ciudad donde se mantuvieron vivos "lo mejor de la ironía, el espíritu crítico, la alegría de vivir y el cinismo que distinguieron al gozoso apocalipsis de un cambio de época". La gran intelectualidad está representada por los ex-yugoslavos, Milorad Pavic, autor del *Diccionario jázaro*, la primer novela del siglo XXI en opinión de los franceses, según ha informado Christopher Domínguez, y Predrag Matvejevic quien "ha mantenido una costumbre pública y literaria poco común entre los hombres de letras de Europa Central y Oriental: escribir cartas abiertas a políticos, intelectuales y figuras de la escena internacional para establecer un diálogo crítico no pocas veces tirante, pero siempre lúcido y apasionado". Elías Canetti es la conciencia lúcida y distante que estuvo "a contracorriente del pesimismo cultural que anegó a la Europa Central".

Con una prosa fina y precisa como la de sus predecesores y maestros Sergio Pitol y José María Pérez Gay, Héctor Orestes Aguilar es otro digno oficiante de la religión que es Europa Central. Su libro es un complemento necesario al Imperio perdido de Pérez Gay.

Ernesto Herrera